

– INTRODUCCIÓN –

LOS SUEÑOS DE *PROGRESO* ILIMITADO SE HAN PRECIPITADO y, de alguna manera, se han convertido para muchos en molestas pesadillas. La cultura se halla en un momento en el que sintagmas como «ciencia y tecnología» se han estirado tanto que posiblemente no aguanten a medio plazo. El discurso público sobre la «tecnología» se ha polarizado entre visionarios que apuestan por una transformación irrestricta y una parte no menor del resto que teme ser manipulada o marginada. La «ciencia» se abaja de su clásico estatus y se mezcla, como tantas otras instituciones, en disputas políticas y batallas ideológicas. Es tratada como juez insobornable si favorece intereses o como árbitro tramposo si los contradice.

En la tradición anglosajona los especialistas escriben libros de divulgación en el afán de contribuir a esa función de la universidad que consiste en devolver a la sociedad el conocimiento articulado para esclarecer sus

debates, lo que puede constituir un gran servicio a la hora de mejorar el nivel de la comprensión y la conversación pública. Cuando los pilares de nuestra civilización se tambalean, este ensayo aspira a introducir un poco de orden y claridad mediante una reflexión, respetuosa y libre de banderías ideológicas o científicistas, acerca de la medicina moderna, de sus cargas y también de sus bendiciones. Si bien nuestro tiempo es complejo, puede que también haya algo revelador en la conmoción que padecemos. Estamos experimentando una suerte de desviación, más o menos repentina, del arco de la historia. De ahí que convenga reconocer que se trata, más que de una excepción, de una norma común de los asuntos humanos según la cual las fastuosas expectativas se frustran y los grandes proyectos con frecuencia resultan fallidos.

El ideal de la ciencia como oráculo en las batallas ideológicas constituye una carga insoportable. El sueño del progreso científico ha distorsionado nuestras aspiraciones y nos ha hecho creer que los problemas sempiternos constituyen hoy catástrofes sin precedentes. Las nuevas tecnologías que prometían disrupción han demostrado ser demasiado optimistas. El miedo distópico ha revelado las sombras de los sueños utópicos. La venerada serie británica de ciencia ficción *Black Mirror*, vista prácticamente por toda la juventud, es un ejemplo de reflexión sobre la vertiente distópica de la tecnología. Cada capítulo está

ambientado en una utopía, en realidades diferentes, pero todos muestran lo que se ha llamado un sentimiento de «tecnoparanoia» y, como ha dicho su creador, Charlie Brooker, «todos los capítulos tratan de la forma en que vivimos ahora, y la forma en la que podríamos estar viviendo en diez minutos si somos torpes». Este libro toma una cierta distancia de estos panoramas. La idea guía es contribuir a una cultura en la cual la medicina, la ciencia y la tecnología puedan permanecer al servicio del ser humano sin que este se deje esclavizar por ellas.

Ahora bien, para que la medicina y la tecnología permanezcan al servicio de los seres humanos, la mentalidad colectiva debe tomar conciencia precisamente del riesgo de deshumanización, asumir la amenaza totalitaria que suponen y desarrollar al mismo tiempo esa entrega desde un discurso más rico, que no se limite a categorías como autonomía, derechos o injusticia, sino que aborde también sus viejas preocupaciones sobre la dignidad, la nobleza del espíritu humano, las obligaciones entre generaciones, la naturaleza, la vida buena, su significado y su propósito. Es decir, un discurso que manifieste también la necesidad de poner ciertos límites a valores y políticas sobre tecnologías, prácticas de investigación y aplicaciones médicas que contienen semillas deshumanizantes. Necesitamos resistirnos a la tentación de destinar la medicina —y toda la tecnología que le da soporte— a la

alteración de la naturaleza humana y a la de considerar el cuerpo humano simple materia prima para que, en lugar de ello, podamos seguir apostando por el propósito de cuidar a los enfermos, promocionar la vida saludable mediante la educación desde las etapas tempranas de la vida y proteger la dignidad de las personas. Más allá de la ilusión de ver la ciencia como un instrumento para *trascender* la humanidad, la consideramos una buena expresión de la curiosidad, el esfuerzo y la excelencia humanos. Y contrariamente al absurdo sueño de subordinar la política a lo que dice la ciencia, las nuevas instituciones y formas de pensar podrían enriquecerse de la experiencia científica para la deliberación pública. Eso contribuiría a devolver la confianza a las ciencias naturales y la medicina en su apuesta por las nuevas tecnologías, de manera que la gestión política de estas ramas se oriente al bien, a aliviar el sufrimiento, alcanzar mayores cotas de prosperidad, gestionar las amenazas del medio ambiente o abrir nuevas posibilidades para comprender al hombre en su entera constitución antropológica y, de paso, explorar mejor el universo.

– ANAMNESIS –

CUENTA LA ANÉCDOTA QUE, ANTE LA PREGUNTA por la innovación más importante en la medicina de su tiempo, Marañón respondía siempre lo mismo: la silla. La silla que permite al médico observar, escuchar a su paciente e iniciar la anamnesis. Todavía la relación médico-enfermo se basa en ese modelo presencial de encuentro con el paciente, sentado al otro lado de la mesa o reclinado en la cama del hospital.

En la vieja Grecia se intentaba vencer la enfermedad siempre que no fuese manifiestamente mortífera. El cristianismo introdujo el principio de la compasión, ilustrado en la parábola del buen samaritano. Y con la modernidad llegó una promesa de felicidad, el dominio de la razón, y se creyó que, gracias al progreso del conocimiento, la enfermedad quedaría resuelta y vencida y el hombre viviría casi eternamente en estado de perfecto bienestar, cumpliendo así la máxima proclamada por la OMS: «Salud

para todos en el año 2000». La idea de progreso ha traído en estos años un cierto desencanto. Ahora que poseemos avanzadas tecnologías, ni estas ni el progreso científico logran erradicar la enfermedad. En su afán por superar límites, la tecnología médica intenta estirar la manga más allá del brazo.

Los avances en neurociencias consolidan la hipótesis de un psiquismo inconsciente. Las explicaciones de la dimensión psíquica dejan ya de enfocarse en la inexplicable conciencia. De esta singular y misteriosa propiedad del alma humana, el académico y filósofo de la naturaleza Juan Arana sostiene que no sólo se rige por leyes naturales, sino que es fuente de ellas, y que es imposible explicarla desde la evolución biológica. Así que mente y cuerpo no parecen ser, como postulaba Descartes, dos realidades diversas, sino la misma sustancia con dos modos diferentes de registrar la realidad. El cuerpo humano tiene un significado y sirve a un propósito. Al examinar un órgano se puede percibir que su función explica su estructura íntima y que está al servicio de un propósito mayor. Del otro lado, si la vida mental, con su abrumador dominio de lo inconsciente, se define por su significado, la estructura biológica al servicio de un propósito es psíquica sin dejar de ser física. No se concibe un cuerpo vivo sin su alma si la función que explica su estructura lo convierte en un cuerpo animado. Así lo expresó el

poeta inglés William Blake: «Llamamos cuerpo a la parte del alma que se percibe con los cinco sentidos y alma al sentido que, en su doble significado de sensibilidad e intención, caracteriza y anima al cuerpo».

Si se imagina el mundo psíquico como un escenario en el que transcurre un drama, el sentido aflora en la secuencia temporal de la narración. ¿Cómo puede un drama derivar en una enfermedad corporal? No hace tanto tiempo que la medicina reconoció el influjo fundamental de las emociones inconscientes en el desarrollo de tantas enfermedades. No bastan los gérmenes patógenos o la simple disposición genética. Tales condiciones son necesarias, pero no suficientes, pues requieren que el terreno sea fértil para que brote el mal.

Los estados afectivos condicionan el sistema inmunológico y el modo en que evoluciona una enfermedad. Las emociones no surgen de pronto, al interpretarse un hecho. Derivan del modo en que se disciernen los acontecimientos para otorgarles significado. La vida emocional surge con la construcción de una historia que enhebra hechos en una dirección. No sólo somos átomos; también nos edifican historias tan universales como esos átomos. Por eso rara vez la enfermedad queda fuera de los afectos íntimos. Parte de la vida emocional se oculta en el libreto histórico que le dio curso. En la *anamnesis*, en esa entrevista que recoge la vida del paciente, que valora su

pasado y reconoce su presente, se descubre una historia recóndita vinculada a intensos afectos. En el diálogo se revela el drama con el que se han fraguado las distorsiones de la fisiología, las maltrechas narraciones ocultas que, sin resolver, acabaron por vulnerar el cuerpo. Al no arrostrar el significado de historias insoportables, los relega a los sótanos de su conciencia. Historias que pertenecen al acervo universal y evocan en cualquier vida humana las mismas y sempiternas tentaciones del mundo.

Las nuevas enfermedades del siglo XXI presentan la novedad de recaer sobre hombres y mujeres en profunda transformación. Aunque el problema del alma ha sido tratado desde la antigüedad, fue Freud quien abrió paso a la interioridad humana a través de sus grandezas y abyecciones. Muchos carecen de palabras para evocar sufrimientos. Y una de las válvulas de escape de esa olla de presión es la enfermedad psicosomática: no hay palabras, imágenes ni representaciones para que el pensamiento medie con el amargo cáliz del mundo. Emergen dolores corporales, ansiedades inmotivadas, constipados, alergias, inesperados trastornos en la piel o del aparato digestivo, hasta que algún órgano rompe el sutil equilibrio de su rutina. Otra la representan las adicciones diversas: sirven al olvido y tapan el lugar donde anida la medusa; son alivios momentáneos y terribles soluciones. Y la última forma de escape

está representada por cualquier acto de transgresión de normas, cualquier forma de violencia.

Más allá de identificar el dolor en la autoconciencia subjetiva, necesitamos su verbalización mediante un discurso con el que metamorfosear el malestar y reconstruirnos desde dentro. La nueva decrepitud, derivada de la destrucción del santuario cívico del *yo*, compromete la educación sentimental y la política. La humilde tarea de enseñar a leer y a escribir debería ser el primer deber político de la democracia liberal. La inseguridad en la capacidad de pensar —posiblemente relacionada con la transformación de la familia— inhabilita para sostener la mirada sobre la hoja escrita más allá de unos minutos, o saber qué se está leyendo. La capacidad de atender se agota y se muestra poco acogedora. Eso compromete los vínculos con los demás y la capacidad para suavizar los fieros atavismos de nuestra condición animal. Heidegger llega más lejos y no nos resistimos a incluir aquí su idea¹:

La devastación del lenguaje, que se extiende velozmente por todas partes, no solo se nutre de la responsabilidad estética y moral de todo uso del lenguaje. Nace de una amenaza contra la esencia del hombre.

¹ M. Heidegger *Carta sobre el humanismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, p. 19

La destrucción de ese espacio interior agrieta la clave de bóveda sobre la que asienta nuestra civilización —la lectura y la escritura—. Las ciencias sociales han hecho de sus contenidos objeto del método científico, un método creado en origen para la indagación de la naturaleza. Así las humanidades pueden estar estragando la sed de conocimiento en una huida a ninguna parte. Los gobiernos tampoco impulsan la disciplina en la lectura de la tradición histórica, artística o literaria, que, aunque no atesoran verdad absoluta ninguna, son en cambio fuente de referencia. En el siglo XX otro régimen en la ilustrada Alemania destruyó su tradición humanística para anunciar una época nueva, pero acabó inoculando el totalitarismo, no sin la ayuda de un ejército de ingenieros beodos al servicio de una inmensa maquinaria del terror.

Sólo cabe agradecer el ingenio humano y el empeño de científicos y médicos por desentrañar los secretos de la naturaleza para curar enfermedades. Pero a la sombra de estas bendiciones también se atisban los afanes de la industria biomédica y tecnológica por revirar propósitos terapéuticos hacia fines en apariencia frívolos pero inquietantes. En su caja de herramientas guardan utensilios para manipular el código genético en su fase embrionaria, cuyas modificaciones así inducidas se anclan a perpetuidad en el genoma de las generaciones futuras. Lo más tentador e inquietante es la posibilidad biotecnológica

de alcanzar la «perfección» del cuerpo y la mente, que sin duda será la fuente más profunda de ansiedad pública, representada en el miedo al «hombre que juega a ser Dios», a un mundo feliz, a un futuro poshumano.

Este libro plantea interrogantes sobre la esencia y significado del florecimiento humano y sobre la amenaza intrínseca de la superhumanización y el poshumanismo. Es una meditación sobre el significado de ser humano en contraposición con los presuntos propósitos de la industria biomédica; sobre el sentido del aborto, la destrucción de embriones, la eutanasia o la manipulación ideológica de la biología de la diferenciación sexual, junto a otras cuestiones perturbadoras de la revolución biotecnológica, cuyo poder no consistirá tanto en extinguir la vida como en recrearla a su antojo. Si bien en los debates contemporáneos las cuestiones vinculadas a la «mejora» biotecnológica resultan abstractas y distantes, y suscitan dudas complejas y difíciles de articular porque reflejan problemas éticos y sociales de profundo calado, lo cierto es que moldean la medicina y con ella el espacio político, además de subvertir identidades subjetivas y derechos fundamentales. El *giro terapéutico* que ha iniciado la medicina, guiada por la posibilidad perfeccionadora que le ofrece la bioingeniería, se presenta como una ola inminente, tal vez una innovación cultural revolucionaria cuya realización histórica nos pille de brazos cruzados.

Somos testigos de los avances producidos en salud o en longevidad y de las insaciabiles expectativas creadas en medicina. La clonación humana, la elección de sexo y la selección genética de embriones modelan un mundo de búsquedas utópicas que se nos insinúa ya. Creo un deber cívico repensar entre todos estas cuestiones, mientras procuramos cultivar virtudes epistémicas como la atención, el discernimiento o el amor a la verdad, verdaderos valladares frente a la esclavitud a la que aboca la adoración de estos ídolos.

I.

– SISTEMA SANITARIO –

QUIZÁ SEAN VARIOS LOS TRASTORNOS LARVADOS que se ocultan en el cuerpo sin que sepamos de ellos. Alguien podría preguntarse qué es la salud. Pero para la mayoría de los médicos esta no es una cuestión relevante. El médico se siente inconscientemente más atraído por la enfermedad que por la salud; ha dedicado casi toda su vida a estudiar enfermedades. Cuerpo y mente son susceptibles de enfermar de centenares de formas a lo largo de la experiencia de la vida cotidiana; de hecho, históricamente se ha necesitado concentrar una ingente cantidad de esfuerzo y atención para clasificar las enfermedades. Cuando un médico se refiere a la salud, en realidad tiende a pensar que son estados vacíos caracterizados por la ausencia de enfermedad. Sin embargo, esta idea de salud podría elevarse a categoría de ilusión: la tecnología médica disponible —desde analíticas rutinarias, análisis genéticos o técnicas

de imagen con que trabajamos los médicos— permite detectar toda suerte de desorden orgánico a cualquier sano que se pasa por ella.

Al mismo tiempo, cabe preguntarse si el concepto de enfermedad puede resultar hoy obsoleto. Mary Tinetti y Terri Fried argumentaron en 2004, en el artículo «El fin de la era de las enfermedades», publicado en la revista científica *American Journal of Medicine*, que pensar en términos de enfermedad se ha vuelto contraproducente:

Ha llegado el momento de abandonar la enfermedad como foco de la atención médica. El espectro modificado de la salud, la compleja interacción de factores biológicos y no biológicos, el envejecimiento de la población y la variabilidad interindividual en las prioridades de salud hacen que la atención médica centrada en el diagnóstico y el tratamiento de enfermedades individuales, en el mejor de los casos, sea obsoleta y, en el peor, dañina.

Una paciente octogenaria, aquejada de insuficiencia cardíaca, diabetes, bronquitis crónica y artrosis, es tratada por cuatro especialistas —a saber, un cardiólogo, un endocrinólogo, un neumólogo y reumatólogo— y por su médico de cabecera, que le revisa la carpeta, cargada de informes inconexos, y le receta periódicamente un listado de medicamentos.

En realidad, nuestra paciente no tiene demasiado interés en sus enfermedades, ni siquiera suele tener miedo a morir. De hecho, es lo que desearía si antes pudiera ver a su hijo (quien trabaja en otro país desde hace años). Su vida cambió cuando murió su marido. Ahora le sobran médicos y le faltan prójimos, pero aquellos los suministra el sistema y estos no.

Más allá de esta saludable frivolidad, la atención médica debería centrarse en las personas más que en sus enfermedades, ahora que cada vez mayor número de ellas alcanzan una edad propecta y enferman con un lastre de patologías crónicas sin fin junto a múltiples problemas de índole social y familiar. De ahí que la definición de salud como ausencia de enfermedad no tenga sentido ninguno. Por no hablar de la definición, ofrecida por la Organización Mundial de la Salud, de «completo bienestar físico, psicológico y social», estado que probablemente sólo se logre durante las relaciones íntimas, como bromeaba nuestro catedrático de Anatomía Patológica en sus clases de tercer curso de Medicina. La absurda definición de la OMS deja sin salud a la mayoría de las personas y durante casi toda su existencia.

Quizá sea más razonable la definición de Sigmund Freud —que según algunos nunca pronunció el insigne médico—, para quien la salud consiste en «la capacidad de amar y trabajar». El amor y el trabajo representaban lo más valioso para este excelso escritor. Ahora bien, cabe pensar que, según qué trabajo, quizá no se esté tan interesado en